

HAYA PAZ EN EL CONGRESO

DE cara al pleno de hoy, vuelve a flotar en el ambiente el fantasma del enfrentamiento entre dos fuerzas —las más importantes del espectro parlamentario—, por un quitame allá ese punto del orden del día. No vamos a caer en la tentación de quitarle importancia al tema de fondo —que tiene su calado, porque está en juego el derecho y el deber de la iniciativa legislativa, y, de interés más próximo, la misma importancia de los lamentables sucesos de Málaga y Tenerife—, pero si vamos a pedir a los señores diputados que hagan el favor de no dramatizar. En otras palabras, decimos que el asunto tiene su importancia, pero pedimos que los diputados socialistas y ucedistas, que son los que están embarcados en esta nueva batalla de ataques y contraataques, se conduzcan como si no la tuviera. Parece un contrasentido, pero muchas veces es preferible incurrir en contrasentidos menores antes que despeñarse por el abismo de los grandes contrasentidos.

● El Parlamento no tiene que ser una balsa de aceite, ni muchísimo menos. Es una plataforma de contrastes políticos, y cada facción política cumple con su obligación utilizando las armas de su dialéctica y la fuerza de su razón. Pero cuando se desbordan los impulsos y se entra en el inoperante, pero escandaloso terreno de las descalificaciones gratuitas, cuando no en el de los insultos personales, las situaciones tienden a dramatizarse, y el resultado es que los ciudadanos, la opinión pública, los representantes, empiezan a dudar de sus instituciones.

● Mal que nos pese, España está anémica en cuanto a hábitos democráticos. Y esto no hace falta argumentarlo de ninguna forma, porque es tan claro como la luz del día. Podemos haber cambiado, podemos haber evolucionado interiormente, hay nuevas leyes, hay riesgos políticos, todo lo que ustedes quieran. Pero los nombres y los apellidos siguen siendo los mismos, aunque antes unos estuvieran en la cárcel y ahora no. Un régimen de cuarenta años con un «RH»

político tan peculiar como el que acabamos nosotros de clausurar, pesa mucho sobre los niveles de condescendencia mutua y sobre la capacidad de aguantarnos los unos a los otros. Eso por un lado. Por el otro —miren ustedes qué casualidad— resulta que alguien se está dedicando a fomentar el escepticismo de la calle respecto a la clase política del país. Más de lo debido, cada mañana nos encontramos con denuncias encaminadas a desprestigiar al Parlamento, y a ensombrecer el horizonte de nuestras legítimas aspiraciones democráticas. Si queremos dar la razón a estos agoreros de desdichas, no hay más que llevar a las Cámaras el insulto, la descalificación, la gresca vecinal y la riña de niños mayores.

● A lo que íbamos. Móderense, señores. Dejen su agresividad en el armario de casa, reserven sus talentos para cuestiones de mayor cuantía —que las hay, que aún están inéditas— y hagan el favor de dar ejemplo. Haya paz en el Congreso, que pronto es Navidad.

DIOGENES